

## **SOBREVIVENCIA Y OTRAS ESTRATEGIAS EN LAC: LA PERSPECTIVA DESDE LO LOCAL<sup>1</sup>**

**Por José Luis Coraggio<sup>2</sup>**

Para revertir las tendencias negativas expuestas anteriormente se requiere un cambio de visión. En un mundo en transformación, lo que parecía funcionar ya no funciona. Hay que pensar otras estrategias y diseñar políticas que permitan el efectivo cumplimiento de la misión de UNICEF, e incidir sobre los muchos interlocutores que tiene en el mundo. No se trata meramente de cantidad, que sin duda es un factor, sino de cambio de calidad.

No hay modelos “ya-listos” para replicar. El desafío es definir un marco estratégico con capacidad para adecuar las iniciativas a cada situación concreta.

**Lo “local”** alude básicamente a un ámbito territorial, el de la vida cotidiana: un barrio, una comarca rural, una localidad. Un espacio de sociabilidad primaria, donde para las mayorías es posible interactuar cara a cara. Todas las personas viven o sobreviven en algún lugar, aunque a través de sus interacciones cotidianas pueden generar ámbitos de intercambio más amplios, más complejos.

Estos ámbitos locales han sido -y siguen siendo- golpeados o traccionados por procesos que, si bien pueden responder a una racionalidad y a un orden supralocal explicables, resultan caotizantes e incomprensibles para la vida cotidiana y el sentido común. Las bolsas suben cuando las situaciones sociales empeoran, para dar un ejemplo. Los cambios son imprevistos, traumáticos, e injustos, y anulan derechos ganados por vida enteras de trabajo.

En toda la región se ha roto (aunque con variaciones) el pacto social que daba centralidad al empleo y la seguridad social y que responsabilizaba al Estado como regulador de los mercados y como proveedor de bienes públicos. Un resultado es que en un número extraordinariamente elevado de lugares se ha perdido la base productiva histórica y se ha producido una desconexión de hecho (siempre relativa, nunca total) del sistema económico regido por la lógica del lucro, que no los encuentra “competitivos”. Mientras tanto, sistemas tan vitales como el educativo mantienen una inercia a pesar de reformas que se fijaron en su eficiencia antes que en su relevancia.

Como consecuencia, ante la **crisis de reproducción de la vida**, personas, familias, grupos y comunidades locales recurren crecientemente a **tácticas colectivas de**

---

<sup>1</sup> Presentación sobre el tema tal como fuera definido por el Comité organizador del RMT de TACRO, UNICEF, La Habana, 8-13 2003. Otros trabajos relacionados al tema pueden encontrarse en [www.fronesis.org](http://www.fronesis.org). También puede consultarse [www.urbared.ungs.edu.ar](http://www.urbared.ungs.edu.ar)

<sup>2</sup> Director Académico de la Maestría en Economía Social de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

**sobrevivencia.** Éstas son muy variadas en su forma pero tienen el mismo contenido: pugnan por sostener la vida de esas personas, grupos y comunidades puestas en riesgo por la dinámica de procesos externamente dirigidos. Pueden combinar acciones tan diversas como:

- la organización para la autosubsistencia alimentaria, bajo la forma de huertos y granjas comunitarias (a veces a partir de la iniciativa de una escuela, de una parroquia, de una organización barrial), y la eventual comercialización de excedentes,
- la agregación solidaria de recursos que resultan insuficientes a nivel individual para lograr a escala una respuesta mínima (como los comedores populares, las redes de compras comunitarias, los grupos de crédito solidario, las asociaciones de cartoneros recicladores de residuos, etc.),
- iniciativas individuales, grupales o comunitarias, privadas o públicas, para replantear conscientemente patrones de consumo que son claramente insostenibles (usos conflictivos del agua en la regiones metropolitanas, usos del suelo, producción innecesaria y disposición de los residuos urbanos, etc.),
- acciones de reivindicación o de apropiación directa de condiciones básicas de la vida (como el acceso a alimentos o a un pedazo de suelo para construir una vivienda),
- la reivindicación o el acceso de facto a recursos productivos complementarios del propio trabajo (tierra, insumos, herramientas, conocimientos técnicos, etc.),
- la ocupación y reactivación -sea por los antiguos trabajadores o por los vecinos- de fábricas, instalaciones de servicios, terrenos agrícolas, etc. abandonados o clausurados por sus propietarios,
- la ocupación y uso del espacio público para ejercer derechos sociales y políticos como reunirse y debatir, organizarse, reivindicar, criticar y protestar; y también para realizar actividades económicas (como el trueque o el tradicional comercio “informal”),
- la emigración nacional o internacional (cuyo flujo de remesas muestra que no es una salida individual sino parte de una estrategia familiar o comunitaria) y, posiblemente en crecimiento, la transhumancia rural, ambas formas del desarraigo impuesto traumáticamente y no como libre opción,
- la organización de redes de intercambio solidario (como las redes de “trueque”), emitiendo incluso su propio dinero ante la falta de dinero “oficial” como consecuencia de la exclusión del empleo asalariado y el predominio de la ayuda en especie (caja de alimentos, servicios de salud, educación, etc.),
- el avance por la vía democrática para ocupar posiciones en los gobiernos locales para desde allí redirigir los recursos públicos (como vienen haciendo algunas naciones indígenas con un claro proyecto de consolidarse como grupo étnico con autonomía relativa).

La **economía popular realmente existente**, negada o relegada con adjetivos como “subterránea”, “negra”, “informal”, “ilegal”, etc. siempre existió, pero se ha hinchado por la persistencia y gravedad de la crisis, y se orienta cada vez más a la sobrevivencia. Como espacio de las iniciativas individuales, puede ser de feroz competencia por un lugar, por un recurso, por un favor. Objetivamente, el llamado “sector informal urbano” ha llegado

a sus límites dinámicos, perdió eficacia, dejó de ser refugio ante la insuficiencia dinámica de un mercado “formal” que antes permitía intersticios y derramaba ingresos desde las clase medias, algo que ya no ocurre.

Las personas y grupos han venido experimentando las limitaciones de su accionar inorgánico y por ello se amplían las miradas hacia posibles acciones colectivas, muchas veces orientadas por agentes muy cercanos a las bases de la sociedad.

Hoy, con la clase media empobrecida, con la creciente orientación del sector empresarial hacia el mercado exterior –como exportador o como importador-, y con la masividad de la exclusión del empleo asalariado, la economía popular comienza a registrar otras estrategias empíricamente aprendidas, difundiendo modelos de acción que permiten dar alguna respuesta a las demandas elementales.

Este conjunto de actividades de la economía popular sigue siendo primordialmente inorgánico, aunque tenga actores que despliegan estrategias institucionales, organizan redes solidarias o regulan la competencia. No ayuda que en su interior desplieguen sus estrategias grupos mafiosos o del aparato político clientelar.

Esa economía enfrenta además las intervenciones de las **“nuevas políticas sociales”** focalizadas y descentralizadas, diseñadas para atender asistencialmente las emergencias al menor costo posible y cuya insuficiencia es evidente, incluso para sustentar la mera gobernabilidad formal de un sistema excluyente.

Esas nuevas políticas sociales aparecen como programas o proyectos sectoriales (generalmente para distribuir bienes o servicios: leche, vacunación, escolarización, materiales de vivienda, subsidios al desempleo con diversas contrapartidas, etc.), focalizados hacia determinados perfiles demo-socio-culturales (grupos étnicos, de género, agregados de personas con diversas afecciones o vulnerabilidades, etc.). Ante esta fragmentación de la política social, los hogares procuran sus condiciones de vida “ensamblando” programas de acceso a bienes o servicios ofrecidos por el Estado nacional o local, o por organizaciones de la sociedad civil.

Cuando la emergencia deja de ser vista como un estado pasajero, cuando se advierte que “las aguas no bajarán”, ni mañana ni por mucho tiempo, ya no alcanza con programas que someten a los ciudadanos a romper con su forma de vida, con su intimidad, con su dignidad, y que los institucionaliza como “pobres e indigentes”.

Tras un huracán o una inundación, la gente admite ser puesta en fila y comer en un gran plato colectivo, admite dormir en galpones, recibe la caridad con alivio, admite que los más necesitados van primero. En las condiciones caóticas de la emergencia, la gente puede dar respuestas de enorme solidaridad, arriesgando su vida para salvar la de otros, cediendo su puesto al más necesitado, o puede mostrar su egoísmo aprovechando para robar las pertenencias del desplazado.

Pero no puede esperarse pasividad cuando la situación de precariedad y privación se ha vuelto y se vive como propuesta permanente, cuando la catástrofe es socio-política y no natural en su origen y además se pretende justificarla, decir que no tiene responsables, que resulta de decisiones inevitables impuestas por “la realidad”.

Es entonces cuando las “nuevas” políticas sociales muestran su vetustez (un verdadero regreso a las formas predemocráticas de caridad), su inadecuación ante la masividad de los problemas y, finalmente, su tendencia a institucionalizar y estigmatizar la indigencia y la pobreza como estado natural pretendiendo meramente aliviarla.

Además, esto ocurre en una región que entró en la era del no crecimiento o del crecimiento sin empleo mostrando ya los más altos índices de desigualdad y polarización de la distribución del ingreso y la riqueza, que se han acentuado, en muchos casos mediante procedimientos ilegales o corruptos. De hecho, se habla de la crisis de la “segunda media década de los 90” pero en LAC, para la mayoría de trabajadores, la crisis comenzó en los 70s, cuando, con o sin dictaduras, se entró en un tobogán de pérdida de derechos y de soberanía del cual no hubo sino recuperaciones parciales.

Cuando la emergencia se vuelve estado de necesidad prolongado, en la región se producen varios fenómenos políticos concomitantes:

- **la pérdida de credibilidad de la clase política, del Estado y de los administradores de la cosa pública.**
- **Un resurgimiento de la reivindicación de los derechos sociales**, relegados por la aparente certeza de que la flexibilización del trabajo era una condición para insertarse en el nuevo mundo de la globalización en beneficio de todos.
- **Una disociación creciente, en el imaginario popular, entre lo legal y lo legítimo.** La ilegalidad de buena parte de la economía popular ya existía, mostrando la inadecuación de un sistema normativo que exponía a la represión, la multa, la coima, la expropiación o la cárcel, a la mitad del trabajo necesario para la reproducción de la vida. Pero ahora se acentúa la posibilidad de justificar la ilegalidad: ocupando tierras ociosas cuando hay gente sin techo o con hambre; o fábricas paradas cuando hay desempleo; o clínicas cerradas porque la competencia venció a una empresa que buscaba el lucro, cuando hay una gran brecha en la atención de la salud; la conexión subrepticia a la red de energía eléctrica o de agua potable, etc. etc.<sup>3</sup>

**En este accionar van emergiendo, decantándose o retomando fuerza, viejos y nuevos actores colectivos:** los movimientos étnicos, que reclaman no sólo educación gestionada por ellos y dentro de su propia cultura sino, cada vez más, su territorio, inseparable de su identidad (muchas veces en conflicto directo con los negocios de

---

<sup>3</sup>La desesperación y la indignación popular han ido incluyendo en el campo de permisibilidad –no sin conflicto dentro del mismo campo popular- delitos como la participación en redes de tráfico de drogas, la prostitución forzada, el trabajo esclavo infantil, el robo o el secuestro de personas. También se agudiza la protesta violenta mediante la destrucción de edificios que representan al gobierno o a quienes son considerados responsables de la situación: bancos, monopolios internacionales, etc.

empresas globales); las asambleas autoconvocadas de vecinos en Argentina; los Sin Tierra de Brasil o la Provincia de Misiones; los Sin Casa; los Sin Empleo (los movimientos de desocupados, como las variantes del movimiento piquetero en Argentina, que, no pudiendo tomar las fábricas, toman calles o carreteras para plantear sus demandas al Estado), los movimientos de trabajadores de fábricas recuperadas y reactivadas, etc. Y nuevos espacios de encuentro y reflexión como el Foro Social Mundial y sus crecientes capítulos regionales. Y se multiplican las redes de solidaridad Sur-Sur y Norte-Sur: redes de comercio justo, la alianza por un mundo responsable, la red global de economía solidaria, etc.

Si examinamos estas acciones colectivas, que se van difundiendo en América Latina, y queremos escuchar lo que nos dicen con su práctica, **están exigiendo un código de responsabilidad social de la política y de la propiedad privada, su subordinación al derecho a la vida.** Están exigiendo una reforma profunda del régimen de representación y de ejercicio de poder, desde la lucha por una democracia que combine la representación removible por las bases con la gestión participativa de lo público, hasta su negación total, al afirmar que la única forma inmune a la reproducción de poderes arbitrarios es la autogestión participativa sin representantes fijos de ningún tipo.

El pragmatismo obliga a las personas y comunidades a tomar (e incluso a reclamar más) recursos de asistencia, pero se usan colectivamente para autoorganizar formas más eficaces de la reproducción de la vida y sentar bases para otra autonomía (como lo muestran en Argentina los movimientos de piqueteros con base territorial que organizan su propia producción y servicios básicos aunando los recursos asistencialistas de libre disponibilidad). De hecho, las políticas sociales asistencialistas definidas tecnocráticamente, están siendo resignificadas por estas acciones desde la sociedad, volviéndolas transferencias de recursos para la autoorganización de las comunidades y cuestionándolas por la falta de gestión participativa.

Esto genera reacciones de represión y regresión en nombre del orden y la gobernabilidad estrechamente entendidos. Se estigmatiza al que protesta, al que ocupa el espacio público, tratando de generar una división entre los excluidos y los semi o totalmente incluidos. Por otro lado, si no hay resultados, algunos de estos movimientos pueden languidecer por su ineficacia. La asamblea pierde fuerza si se torna puro debate y contención sin vincularse a procesos de gestión efectiva de recursos y resolución de los problemas económicos o políticos que las motivaron; el clientelismo refuerza su presencia redistributiva en épocas de elecciones; muchos individuos pueden lograr una “salida” personal y abandonar lo que siempre consideraron una opción asociativa de baja calidad dentro del paradigma del éxito y la diferenciación individual;<sup>4</sup> los promotores sociales que intentaron el riesgoso camino del desarrollo productivo pueden volver a la seguridad de repartir comida.

---

<sup>4</sup> Este es el caso de muchos cientos de miles de argentinos que entraron al trueque al precipitarse la crisis que puso en un corral su dinero, e incluso muchos que participaron por varios años de ese sistema de intercambio solidario.

Entre estas tendencias contradictorias emerge una frágil pero persistente posibilidad de **redireccionamiento de los recursos de las políticas sociales**. Esto se sustenta en dos elementos. Uno, objetivo, es la imposibilidad de reintegración social durante al menos la próxima década o de reducir drásticamente la pobreza con políticas asistencialistas. Otro, subjetivo, es el creciente consenso entre los promotores sociales de base, así como activistas políticos, sociales o culturales, de que el asistencialismo ha llegado a su límite, y que la masividad y gravedad de la exclusión y la pobreza exigen otro tipo de respuestas.

Es preciso superar el ofertismo de agencias y gobiernos, la compartimentalización del accionar público, la focalización que apunta a agregados estadísticos que no existen como actores colectivos, y articular la acción pública con organizaciones reales, con comunidades reales o virtuales que pueden consolidarse en base a la doble experiencia de resolver las condiciones de su reproducción en base a su trabajo y de participar en la responsabilidad de gestión de lo público.

Las “demandas” -imposibles de responder sin un cambio del marco que genera la exclusión- pueden dar lugar a la autogestión de las necesidades y a la generación y (recién entonces) a la asignación de recursos públicos siguiendo prioridades que van definiendo las mismas comunidades y no la cartera de préstamos de un organismo financiero internacional (ni siquiera una agencia que aboga por los intereses de los más vulnerables). Es, en todo caso, una producción conjunta, como muestra el caso en Guatemala de la gestión participativa de programas de UNICEF con los jóvenes. Se pasa de la reivindicación ante el poder político-tecnocrático instituido, a la autogestión democrática.

Las acciones desde la sociedad y sus nuevos actores colectivos marcan una tendencia en la búsqueda de otro mundo posible, y nuestro papel puede ser el de reconocer, comprender y fortalecer esa tendencia, propiciar el encuentro del saber popular con el científico y anticipar la posibilidad de desarrollo de otro marco estructural. Esto incluye **aunar esfuerzos para la construcción conciente de otra economía**.

A ello ayuda, conceptualmente, comenzar cuestionando lo que parece obvio: la definición misma de “economía”. En las elites dirigentes nacionales y en las organizaciones internacionales predomina la idea de que “la economía” son “los mercados” globales, que su agente principal son las empresas con fines de lucro, las que se asume están sometidas a leyes cuasinaturales (por lo tanto, sin valores, sin responsables) de competencia y de acumulación sin límites. Esto justificaría la minimización de las intervenciones económicas de un Estado orientado por los intereses de las mayorías sociales, incluidas o excluidas.

**Pero la economía real es el sistema que se da una sociedad para definir y resolver las necesidades de todos, generando y administrando recursos. Una economía racional es la que se orienta por la reproducción de la vida de todos con la mejor**

**calidad posible, generando una tendencia a la mejora continua a lo largo de un ciclo de vida o intergeneracionalmente.**<sup>5</sup>

Dada esa definición de economía, es posible pensar en una **economía plural**, donde coexistan –por supuesto que no sin conflictos- tres sectores, tres lógicas de la economía: la economía empresarial capitalista, la economía pública y la **economía social y solidaria (ESyS)**.

La ESyS –a consolidarse sobre la base de la actual economía popular- está centrada en el trabajo, y sus emprendimientos -de muy diversa escala y forma- tienen un mismo sentido compartido: la mejoría en la calidad de vida de todos. Esto implica ir más allá de las formas tradicionales de cooperativismo o ayuda mutua, donde ese objetivo se aplica principalmente a los miembros asociados a la microorganización, incorporando ahora una dimensión sistémica, donde la inclusión de todos es condición de la propia reproducción. Así, las cooperativas vuelcan sus excedentes en la comunidad que las nutre en su desarrollo (como en el caso de las cooperativas de Mondragón).

Una economía social y solidaria no es un aguantadero para mantener a los pobres en la sobrevivencia más elemental. Debe expandirse continuamente, debe competir por la voluntad de los trabajadores y consumidores antes que tener mercados cautivos. Debe ser abierta en la entrada y la salida. Debe tener mecanismos de organización y de regulación, para evitar la competencia destructiva. Debe contar con una plataforma de servicios de apoyo, recuperando el sentido esencial de la mayoría de los bienes públicos que produce el Estado: la educación, la investigación y la generación de tecnologías, la comunicación pública, la normatividad jurídica, etc. Debe ser intercultural e incluir familias y comunidades de trabajadores con diverso nivel de formación e ingreso, pero dentro de márgenes de desigualdad moralmente justificables y admisibles para la misma sociedad local.

La visión de la ESyS implica:

- (a) no separar economía de sociedad y cultura y
- (b) cubrir tres niveles: micro, meso y macro.

La usual separación entre política económica y política social (y el consabido límite “realista”, que imponen los ministerios de economía –como representantes de la perspectiva de organismos financieros internacionales- a los ministerios sociales) debe dar lugar a políticas socioeconómicas, donde interesa no sólo la posibilidad de sostenimiento económico de los emprendimientos sino la calidad de las relaciones

---

<sup>5</sup> El consumismo no es entonces un modo natural de ser de la sociedad humana, sino un estilo entre otros posibles, de definir las necesidades. Ya sabemos que es imposible la extensión y sostenimiento del patrón de consumo de recursos naturales alcanzado en las ciudades de los países más industrializados, que eso es irracional y que habrá que transitar solidariamente (no por la vía de imponer o comprar a los países de la periferia el derecho desigual a seguir consumiendo irracionalmente) hacia otro modo más racional de usar los recursos del planeta. Si bien pueden ser y son usadas estratégicamente, hay un cierto reconocimiento de esto en las normas ISO con contenido ecológico. Y a esto se agrega crecientemente la posibilidad de incorporar normas que limiten la explotación del trabajo humano y la injusticia social.

sociales que generan. La eficiencia economicista debe dejar lugar a la eficiencia social. No importa sólo **cuánto se logra**, sino **qué calidad tiene**, y eso está marcado en buena medida por el **cómo se logra**.

La calidad -en términos de desarrollo humano y libertad- de una alimentación basada en la autoproducción dentro de un esquema de seguridad alimentaria local es superior al reparto de comida en comedores. Una alimentación en familia, no regimentada, como momento de encuentro y afectividad humana, es superior a un comedor colectivo. En el mismo sentido, los ecosistemas locales de alta diversidad pasan a ser valorados y defendidos como patrimonio de la humanidad y como condición de la calidad intergeneracional de la vida.

**A nivel micro**, la forma fundamental de organización de la ESyS es la familia y/o la comunidad (en general de base étnico/socio-territorial). Predomina allí la lógica de la reproducción de la vida en condiciones lo mejor posibles, si bien no es un mundo sin conflicto ni injusticia. (Hay abuso del trabajo de la mujer y de los niños, hay maltrato, hay formas de poder que no significan autoridad sino arbitrariedad y hasta violencia física.) Pero es una base muy válida para reconstruir y generalizar valores de solidaridad. Las relaciones de reciprocidad se extienden bajo la forma de redes familiares ampliadas -con ámbitos de despliegue de sus tácticas incluso internacionales, como ya vimos-, de cooperativas, de asociaciones de ayuda mutua.

**A nivel meso**, encontramos las redes de solidaridad, de intercambio solidario, de comercio justo, de productores y consumidores asociados, las nacionalidades étnicas con una estrategia compartida, etc.. Este es un nivel fundamental en esta etapa de transición, pues es el que da organicidad, dinamismo y fuerza económica, social y política a la ESyS.

**A nivel macro**, supone ver la economía como totalidad dividida en los tres sectores ya mencionados, que mantienen relaciones y términos de intercambio entre sí, que proyectan sus criterios y disputan la legitimidad de sus proyectos y valores en la sociedad. Se puede analizar el sistema fiscal y de gasto público desde la perspectiva de cuánto toma y cuánto redistribuye el Estado entre los tres sectores. El salario real es un indicador, pero no el único, de los términos de intercambio entre la ESyS -que reproduce y vende capacidades de trabajo- y la economía empresarial que paga salarios nominales y cobra determinados precios para parte de la canasta familiar. Como dijimos, la economía es inseparable de la cultura y los valores. Se puede ver a las experiencias de presupuesto participativo y la normatividad que libera de cargas fiscales a la ESyS y asigna otra responsabilidad social a las empresas, como una proyección de los valores de la ESyS en la economía pública y en la empresarial capitalista.

**La mujer** juega un papel fundamental en esta economía, pero sus derechos deben ser cuidadosamente vigilados, para evitar que se reproduzca el patriarcado dentro de formas externamente solidarias. **Los jóvenes**, con baja expectativa de integración por el mercado, son una fuerza formidable para movilizar recursos y creatividad, como lo



han mostrado cada vez que han sido convocados o habilitados sin manipulación. **El Estado democrático**, nacional o local, debe priorizar el desarrollo de esta economía como proveedor de bienes públicos. **La educación** debe no sólo ser accesible, sino tener sentido, contribuir al desarrollo de las capacidades de diagnóstico, de organización, de gestión y resolución de problemas, de aprender de la práctica, de comunicación y participación, de resolución de conflictos, y a los valores de responsabilidad, solidaridad y cooperación que requiere esta economía.

**Se propone, entonces, que escuchemos la voz que acompaña a las prácticas de sobrevivencia de las mayorías latinoamericanas y a sus organizaciones, que potenciemos sus posibilidades de autonomizarse de la asistencia estigmatizadora, y de redefinir y dar respuesta a sus necesidades frente a la imposibilidad sistémica de reintegrarlas a través del empleo asalariado. Que apoyemos y potenciemos ese proceso, que lo facilitemos desde las diversas posiciones: una universidad, una agencia internacional, una ONG, una secretaría de gobierno, una central sindical, una fundación privada, una iglesia.**

En el marco de esta visión, se hace evidente que **trabajo y empleo no son sinónimos**. Que son trabajos productivos -pues resuelven necesidades materiales y simbólicas- el trabajo doméstico, el trabajo comunitario, el trabajo de participación en la gestión de lo público, el trabajo de formación, el trabajo de cuidado de los más vulnerables, el trabajo productor de bienes y servicios de autoconsumo colectivo, familiar o personal, y por supuesto son también trabajos el trabajo asalariado y el trabajo para producir bienes y servicios para el mercado. Por eso preferimos llamar a esta economía: **“Economía del trabajo”**.

### **Síntesis: atender a la emergencia dentro de una estrategia que genere nuevas estructuras socioeconómicas.**

La masividad, persistencia y profundidad de la crisis social de reproducción de la vida de las mayorías exige medidas urgentes, pero dentro de un nuevo marco estratégico.

Algunas líneas de acción posibles:

- La masividad de la exclusión y degradación del trabajo asalariado y por cuenta propia existente requieren un cambio de visión. La política social asistencialista dirigida a compensar los estragos que genera la economía es ineficaz y reproduce e institucionaliza la pobreza. Hay que “meterse” con la economía para cambiar la situación social. Esto supone reconocer la articulación real entre economía, sociedad, cultura y política. Y el nivel local es una instancia privilegiada para comprender y actuar en esa dirección.
- El objetivo estratégico es contribuir a la formación o consolidación de sociedades locales integradas, con calidad y expectativas de vida en ascenso, definida participativamente según los estándares de cada cultura.
- Es fundamental garantizar la producción y acceso a bienes públicos de calidad: educación, salud, justicia, regulación de mercados, instituciones de gestión pública transparentes y confiables, etc. También se requiere que la sociedad ponga límites morales a la responsabilidad social de las empresas que actúan con fines de lucro, principalmente a las que participan de una dinámica competitiva sin límites procurando captar rentas monopólicas en el mercado global, para las que los territorios y su futuro, en sus dimensiones sociales y ecológicas, no son factores estratégicos.
- Hay que facilitar y promover no la pasividad sino la actividad de la gente, para que vea o construya las oportunidades de desarrollo y efectivización de sus capacidades individuales y colectivas, integrándose a proyectos sostenibles y que muestren resultados en lo inmediato, pero a la vez desaten dinámicas de emprendimiento individual y colectivo con otro horizonte a futuro.
- Si bien, por eficacia, hay que actuar con programas sectoriales y específicos (alimentación, vacunación, educación, etc.) sobre agregados estadísticos homogéneos (niños de tal edad, mujeres embarazadas, personas de la tercera edad, personas con enfermedades endémicas, etc.), la eficiencia social y el desarrollo sostenible y sustentable requieren intervenir integralmente y en interacción participativa con las formas reales de organización de la economía popular: la familia nuclear y ampliada, las comunidades étnicas, las comunidades locales, etc.
- Hay que redescubrir (sistema escolar, institutos tecnológicos, capacidades técnicas del estado o del sector privado, tierras ociosas, agua potable desperdiciada por mal uso) y generar capacidades y recursos (movimientos étnicos, juveniles, movimientos de desocupados con capital educativo y social ocioso, ahorro popular canalizado a una banca social que dé crédito a la economía popular, etc.) pero también hay que redistribuir los existentes (atacar la desigualdad en la distribución de los ingresos por vía fiscal y de la tierra y las fuentes de agua, por ejemplo).

- Hay que vincular en procesos de desarrollo local a sectores medios y pobres, evitando la institucionalización de la pobreza, fomentando la integración y corresponsabilidad por la situación de la sociedad local, articulando las políticas y programas mediante la participación de todos los actores en espacios públicos de definición de prioridades. Esto sobre la base de una efectiva cooperación, articulación y no yuxtaposición de las distintas instancias del Estado, agencias multilaterales, bilaterales, ONGs, Iglesias, fundaciones privadas, asociaciones de pequeños y medianos empresarios, sindicatos, movimientos proactivos, etc. generando otro modelo de cooperación.
- Las localidades intraurbanas o rural-urbanas deben ir articulándose en sistemas socioprodutivos y regiones, e integrarse a las redes internacionales de la sociedad y la economía solidarias.
- Para que haya sinergia es preciso alcanzar escala; esto requiere recursos importantes de orden supralocal, como un fondo nacional de desarrollo local, otorgable a partir de programas de desarrollo local viables y elaborados participativamente con todos los sectores sociales, públicos y privados; o la disponibilidad de las universidades e institutos tecnológicos para brindar conocimientos apropiados.
- Es preciso replantear el contexto dado por la política económica y el conjunto de políticas públicas y sistemas normativos, pues de lo contrario la tarea se vuelve innecesariamente difícil. En un escenario de crecimiento sin empleo y continuo drenaje de excedentes por la deuda externa y la libre movilidad de las ganancias, sólo puede esperarse una brecha creciente de recursos de sentido social respecto a las necesidades. Esto requiere otro tipo de reforma del estado y sus políticas, a nivel nacional e internacional, amistoso hacia la gente antes que amistoso hacia el mercado financiero.
- La visión propuesta comienza por reconocer la imposibilidad de que el mercado libre global reintegre productiva y dignamente a los más de 200 millones de pobres en LAC, y supone recuperar la concepción fundamental de la economía y la comprensión de sus mecanismos desde la perspectiva de la reproducción de la vida, ganando bases materiales de autodeterminación para las comunidades.
- Los municipios, las mujeres, los jóvenes, los sistemas educativos y científicos, son actores colectivos cruciales para estos procesos. Es preciso alfabetizar socioeconómicamente a niños, jóvenes y adultos, y formar generaciones de promotores de EsyS, que actúen como mediadores y contribuyan a dar coherencia a las iniciativas aisladas y fragmentarias, evitando fracasos innecesarios, de modo que se vaya aprendiendo en base a una historia de experiencias exitosas de acción solidaria.
- UNICEF puede jugar un papel crítico al favorecer un cambio de visión (del asistencialismo al desarrollo humano autosustentado desde lo local) y fortalecer a nivel meso las iniciativas espontáneas de Economía Social y Solidaria, contribuyendo a articularlas en cooperación con otras agencias. Puede también contribuir a llevar la voz de las mayorías ante las mesas de decisión de las políticas macroeconómicas –globales, regionales y nacionales- que se han alienado del sentido fundamental de la economía.